Venecia en carnaval

Venecia tiene suficientes atractivos como para poder ser visitada en cualquier época del año, pero probablemente una de las imágenes que mejor evoca el nombre de la ciudad es la del Carnaval. Un carnaval donde la máscara es la auténtica protagonista.

La misma palabra Venecia nos hace pensar en relajados atardeceres entre históricas fachadas y tranquilos recorridos en góndola por los canales. Meca de viajeros románticos, la ciudad de la laguna representa el éxtasis para todos los sentidos. La vista se distrae entre una multitud de detalles arquitectónicos renacentistas i barrocos. El oído para la atención en los sonidos de las voces diurnas y en las pisadas de la noche. El olfato no puede hacer nada más que sorprenderse por el conjunto de fuertes olores que no puede identificar. El gusto queda satisfecho por el sabor de la típica cocina italiana. El tacto acaricia suavemente los perfiles de las góndolas y las barandillas de los puentes que superan los pequeños canales. Y hasta el intelecto, si lo aceptamos como un sentido más, queda cautivado por uno de los centros bohemios de Europa. Pero esta atmósfera se acentúa todavía más durante diez días de febrero, cuando Venecia adopta el carácter festivo y desenfadado que ha otorgado a la ciudad el título de capital europea del Carnaval.

Durante la celebración carnavalesca, cualquiera de los callejones venecianos es susceptible de convertirse en un escenario de una representación improvisada de máscaras tradicionales. La ciudad, además, tiene una notable oferta cultural y artística que, durante los días de Carnaval, se complementa con una gastronomía específica y variada.

Esta fiesta veneciana por excelencia, comienza un viernes, once días antes del martes de Carnaval, con un desfile que se inicia en San Pietro di Castelo para terminar en la Plaza San Marcos, a pesar de que el día oficial de inicio de las fiestas es el sábado, cuando se celebra la primera concentración de disfraces en la plaza San Marcos. La música barroca y renacentista sirve de fondo sonoro del continuo ir y venir de las máscaras y todo junto hace olvidar un poco el intenso y húmedo frío en que está habitualmente inmersa la ciudad por estas fechas.

Desde entonces, los teatros y los llamados campi, o plazas, proponen una variada y extensa oferta de conciertos, lecturas, operetas, pantomimas y otros espectáculos más tradicionales o innovadores que no dejan un instante de tregua al medio millón de turistas que se acercan hasta aquí y que se yerguen como los auténticos destinatarios de estas celebraciones.

"Il volo della colombina" del primer domingo, constituye uno de los actos más tradicionales y encantadores del Carnaval, con una paloma de papel que vuela, a través de un cable, desde el campanario de San Marcos hasta el Palazzo Ducale, al otro lado de la plaza. A mitad del vuelo, la paloma suelta sobre la multitud que la observa embobada, un puñado de papeles de confeti.

Pareja de Máscaras posando frente a una de las fachadas del Palacio Ducal, junto a la plaza de Sant Marcos.

Lo más curioso y sorprendente del Carnaval de Venecia son los disfraces y las máscaras que llevan los participantes, la inmensa mayoría de las cuales son iguales a las de hace trescientos años.

El Carnaval moderno está dedicado cada año a un motivo diferente, que inspira a los que se disfrazan y que ejecutan docenas de representaciones dramáticas.

Recuerdo un año en que el motivo era la India, con toda la carga de misterio, leyenda y espiritualidad que entorna al subcontinente asiático. La India es uno de los referentes históricos de Venecia, ya que el desarrollo económico de la ciudad tuvo mucho que ver con las rutas comerciales de los mercaderes que transitaban por la Ruta de la Seda, viajando a países exóticos como China y la India y convirtiendo a Venecia en la puerta de entrada de los productos más selectos de Oriente.

El punto álgido de las celebraciones carnavalescas coincide con su finalización, el martes de Carnaval cuando los participantes vuelven a reunirse en la Plaza San Marcos para celebrar un baile de máscaras, antes de dispersarse entre las numerosas fiestas privadas que se celebran por doquier. La quema de la figura del Carnaval pone punto final a las celebraciones y da entrada al Miércoles de Ceniza, inicio del período de expiación de los pecados que es la Cuaresma.

Orígenes medievales

El Carnaval de Venecia tiene una larga historia, que se remonta según algunas fuentes al siglo XI. Sin embargo, las fiestas actuales se celebran sólo desde 1980, cuando las autoridades decidieron reemprenderlas como atractivo turístico tras dos siglos de ausencia a tenor de la prohibición decretada por Napoleón en 1797. La sociedad veneciana se volcó en la restitución de una tradición que representaba también una seña de identidad y el resultado fue tan satisfactorio como lo demuestra tanto el éxito de participación como mediático de las últimas ediciones.

Siempre aparecen algunas voces críticas que consideran que dichas celebraciones están únicamente enfocadas hacia el turismo con el fin de ganar dinero, ya que el objetivo de las mismas suelen ser los hoteles y restaurantes, la mayoría de los cuales incrementan sus precios durante estas fechas aprovechándose de la masiva presencia de visitantes, que no dejan ni una sola cama ni una sola mesa vacías en la ciudad.

Pero los orígenes de la fiesta del Carnaval se han de ir a buscar en el período anterior al cristianismo, en las celebraciones paganas del solsticio de invierno. La civilización romana ya se divertía en estas fechas, en las llamadas saturnalis, en que todo el mundo participaba, esclavos incluidos, con el rostro cubierto por máscaras. El cristianismo dio un significado distinto a los ritos paganos e introdujo el nombre de Carnaval, como una derivación de las palabras latinas carne vale (adiós a la carne). Desde entonces, estas fechas eran las últimas antes de la Cuaresma en que estaba permitido comer carne, y todo el mundo las aprovechaba para llenarse y celebrarlo.

Pero el éxito del Carnaval va más allá de la justificación religiosa y se enmarca en un contexto habitual de apariencias y convenciones, que solo podían romperse con absoluta impunidad durante estas fechas. El firme poder de la Iglesia era ridiculizado y las autoridades eran objeto de burlas mientras se desataban libremente las más ocultas pasiones.

Durante la Edad Media, en la época de la República de Venecia, el Duque era la máxima autoridad de la ciudad-estado. Entonces las celebraciones duraban más que en la actualidad y no era extraño que empezasen en el mes de octubre, aunque lo más normal era que se iniciasen justo después de Navidad, el 26 de diciembre. Se pueden hallar noticias documentadas sobre el Carnaval de 1094, bajo el mandato del duque Vitali Falier, tiempo en que Venecia irradiaba poder político y económico por todo el Mediterráneo y tenía una trato de comercio preferencial con Bizancio.

Dieciochesca fiesta aristocrática

Venecia se ganó el apelativo internacional de Ciudad del Carnaval en el siglo XVIII, cuando aristócratas de toda Europa invadían las calles, los canales y los palacios de la Serenissima República vestidos con suntuosos disfraces y lujosas máscaras. Las funciones teatrales en plaza y teatros y las fiestas privadas en los palacios del Gran Canal y en los Cassini consiguieron por esta época su máxima dimensión, hasta el emperador austríaco participó de incógnito en el Carnaval de 1769 bajo el falso nombre de Conde de Falchenstein.

Lo más curioso y sorprendente del Carnaval de Venecia son los disfraces y las máscaras que llevan los participantes. Aquí no se estilan los disfraces de superhéroes de la actualidad, sino que la inmensa mayoría de sior maschera visten igual que hace trescientos años. De hecho, el disfraz más popular es también el más tradicional de todos: la maschera nobile, que consiste en una máscara blanca delicadamente esculpida para tapar la cara, un tricornio negro para cubrir la cabeza, una bautà o capucha negra para esconder la nuca y un tabarro o capa, también de color negro. Otros disfraces cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos son los de Doctor Peste, con máscara blanca de larga nariz y capa negra como las que se utilizaban para evitar ser contagiados por aquella epidemia; los de Moro, que se llevaba para ridiculizar a los grandes enemigos de la República de Venecia: los turcos; u otras más esotéricas.

La mayoría de los disfraces del Carnaval proviene de la Commedia dell'Arte, un género escénico con un fuerte componente cómico, originario del siglo XVI. El pueblo y la nobleza se admiraron por las actuaciones de unos personajes caricaturizados sin piedad y los inmortalizaron en las celebraciones carnavalescas.

Origen defensivo

La urbe sirve además de decorado único ante la celebración festiva. Pero ¿por qué entre canales?, ¿por qué la ciudad fue construida al norte del Adriático, dependiendo del agua hasta la saciedad? La explicación hay que buscarla en la decadencia del Imperio Romano de Oriente y las frecuentes incursiones bárbaras. Estas, procedentes de centroeuropa, destruían las poblaciones de tierra firme, provocando que algunos de los habitantes de Aquileya, Altino y Padua fundarán un primer núcleo urbano en la zona situada en torno al puente de Rialto. Excavaron una intrincada red de canales en los distintos islotes de la laguna, consolidaron el terreno insular y construyeron sobre palafitos de madera las viviendas capaces de resistir la frecuentes mareas e inundaciones. Largos y gruesos troncos de la sólida madera de lárice, resistente a la acción corrosiva de las aguas, se fueron clavando a partir del siglo V, formando una intrincada selva sobre la que se edificaron las primeras casas.

Más tarde, las construcciones se hicieron más complejas y piedras y ladrillos complementaron a la madera, que seguía sirviendo de base a los nuevos edificios. La aglomeración se estructuró urbanísticamente en torno al Gran Canal del que partían las arterías suficentes para conformar 118 islitas unidas a la vez por más de cuatrocientos puentes.

La vocación marinera se fue afianzando paulatinamente entre sus habitantes y la Edad Media y el Renacimiento significaron el marco ideal para el desarrollo económico, militar y urbanístico de la Serenísima República, que además supo utilizar como nadie el arte de la diplomacia en sus relaciones externas.

Buena parte de las ganancias se invertían en obras de arte y así, a lo largo de los siglos, la ciudad se enriqueció con construcciones del fastuoso estilo bizantino, el religioso románico, el florido gótico, el puro estilo del Renacimiento y el sobrecargado barroco. Los estilos iban cambiando, ciertamente, pero la esencia de la ciudad y su sempiterna armonía con las aguas ha persistido a lo largo de los siglos, configurando un conjunto urbanístico que cabe situar entre las ciudades más bellas del mundo. Una belleza que alcanza su punto álgido vista desde el antifaz de un disfraz carnavalesco.

Aparte de los muchos foráneos, en ocasiones venidos de muy lejos, que visitan Venecia durante el Carnaval, hay que destacar las reuniones y fiestas que celebran las autoridades locales y sus ciudadanos, que se desplazan en góndola perfectamente ataviados.